

Baquetas almacenadas

■ Mikel Abrego relata desde Los Angeles su paso por las oficinas migratorias mexicanas. ■ Fue expulsado el jueves del país centroamericano.

La llamada le levanta de la cama. Son las diez de la mañana en Los Angeles, y la noche del viernes estuvo en el concierto de Los Calavera, Pastilla y Bodhis Attva; ayer por la tarde tenía previsto acudir al partido de los Laker para los play-offs por el título de la NBA —con Magic Johnson en el cinco inicial y como figura estrella— y, ahí, Mikel Abrego reconocía satisfecho su pasión por el «basket». Cinco días después de su detención en México D.F., superado el estado de ansiedad, asegura agradecido que «lo mejor es que no me he sentido solo en ningún momento».

DONOSTIA
N.L.

Suelta una sonora carcajada junto a un carraspeante *egunon* cuando coge el teléfono en casa del amigo que lo hospeda en Los Angeles. Llegaba allí el jueves, hacia las seis y media de la tarde, un par de horas después de que dos policías mexicanos le acompañaran al avión —lo cogió «por los pelos» porque los funcionarios en un principio habían olvidado su pasaporte y billete— tras permanecer cuatro días detenido en el Centro de Reclusión Migratoria de México D.F., pendiente de una orden de expulsión o de deportación. Finalmente, se produjo la primera bajo la denominación de «Oficio de salida».

Mikel Abrego ríe ahora al recordar la cara de susto que se le quedó el lunes cuando se presentó voluntariamente en la Oficina de Migración mexicana —respondiendo a un requerimiento de la Secretaría de Gobernación, equivalente al Ministerio de Interior— y allí le informaron que le iban a multar con 250.000 pesetas —sanción reducida finalmente a 150.000— y deportar por «entrada ilegal al país y carencia de permiso para realizar actividades», según le dijeron, aunque él opina que «todo fue porque estuvimos en Chiapas» —había visitado esa zona junto con el cantante de Negu Gorriak, Fermín Muguruza, y otro compañero más,

Mikel Carmona—. Se lo dijeron después de permanecer ocho horas esperando —«no veas el mosqueo que llevaba ya encima»— al «licenciado» que llevaba su caso.

Chancletas y mantas

«Después, hacia las nueve de la noche, me llevaron a lo que llaman 'Estación migratoria' y me metieron en una celda con cuatro literas y cinco árabes. Me quedé blanco; era un antro inmundado con posters de tías desnudas en las paredes. Los árabes, que llevaban tiempo allí, resultaron ser gente muy enrollada; me dejaron unas mantas y me dejaron hasta unas chancletas para ducharme». Había unas doscientas personas en el módulo de hombres, mayormente latinoamericanos. «Al final nos hicimos colegas y todo»; añade.

La rutina fue siempre la misma: a las siete y media, pasar lista en el patio, desayuno —un bollo de pan y mermelada o huevos duros, y leche—, traslado hasta la Oficina de Migración donde permanecía, a la espera de la tramitación burocrática, hasta las diez de la noche y nuevo traslado al centro de reclusión.

Durante el día, tenía que pedir alimento y pagarlo si quería comer. El trato fue correcto. Dos funcionarios permanecían con él todo el tiempo —hablaban entre

ellos, casi siempre tonterías— y, si lo solicitaba, le dejaban hacer una llamada telefónica que, por supuesto, también tenía que pagar. Al detenerle, sólo le quitaron el pasaporte y el billete de avión.

Mientras el batería de Negu Gorriak permanecía en las dependencias migratorias, sus amigos de México se movían para que le dejaran libre —también tuvieron que pasar por la Secretaría de Gobernación a declarar—. Mikel Abrego tenía previsto permanecer en ese país hasta el 15 de mayo, «aprovechando las vacaciones». Reconoce que sí tuvo un punto de ansiedad e incertidumbre durante su detención, pero que le tranquilizaba el saber que se estaban realizando gestiones.

Buena marcha

«La verdad es que no me sentí solo en ningún momento», añade al otro lado del teléfono. El sonido es bueno aunque, de vez en vez, se va un poco la voz. Carraspea y dice que no es la línea, «es que todavía estoy medio dormido». Se acostó a las tres de la mañana: «Hay una marcha enrollada en Los Angeles».

Este andoaindarra de 25 años señala que las gestiones del consulado español en México facilitaron que no se produjera la deportación. Una vez pagada la multa, estaba previsto que abandonara el país el miércoles, «pero el licenciado se fue a comer y para cuando volvió ya no se podía hacer ningún tipo de gestión oficial». Al día siguiente cogió el avión. Su intención es quedarse en Los Angeles, «aprovechando el sol y buen tiempo». Sus amigos californianos, algunos de ascendencia chicana, le repiten que lo que le ha pasado «es algo normal entre esos hijos de la gran chingada».



Mikel Abrego, en una imagen del pasado verano.